

HÉLÈNE LEGRAIS

LOS NIÑOS DE
ELISABETH

NOVELA



HÉLÈNE LEGRAIS

LOS NI-
ÑOS DE
ELISABE-
TH

Traducción de Belén Gala

*Para Elisabeth Eidenbenz,
que «hizo lo que tenía que hacer. Punto».*

Índice

[RESUMEN 5](#)

[Prefacio de Elisabeth Eidenben 6](#)

[Testimonio de Guy Eckstein, 8](#)

[nacido en la maternidad de Elna 8](#)

[Capítulo 1 13](#)

[Capítulo 2 23](#)

[Capítulo 3 33](#)

[Capítulo 4 44](#)

[Capítulo 5 54](#)

[Capítulo 6 63](#)

[Capítulo 7 73](#)

[Capítulo 8 85](#)

[Capítulo 9 97](#)

[Capítulo 10 107](#)

[Capítulo 11 116](#)

[Capítulo 12 122](#)

[Capítulo 13 131](#)

[Capítulo 14 138](#)

[Capítulo 15 146](#)

[Capítulo 16 150](#)

[Capítulo 17 157](#)

[Capítulo 18 163](#)

[Capítulo 19 168](#)

[Epílogo 174](#)

[Agradecimientos 184](#)

-

RESUMEN

Esta es una historia entrañable que habla de unos tiempos muy difíciles: el confinamiento en Francia de los republicanos españoles y la posterior invasión nazi. Teresa, una militante republicana presa en un campo de detención, huye de España embarazada. Su única esperanza está en Elna, Suiza, donde la enfermera Elisabeth Eidenbenz ha creado un hogar de maternidad para salvar a los bebés de mujeres perseguidas por el franquismo y el nazismo. Una narración conmovedora, basada en hechos reales, que conjuga a la perfección la ficción con la historia para recrear la vida de esta mujer digna de admiración.

Prefacio de Elisabeth Eidenben

El período que pasé en la maternidad de Elna es el más importante y el más rico de mi vida, mucho más que lo que haya hecho antes o después, y estoy muy agradecida.

La Asociación de ayuda suiza nos dio la posibilidad de ayudar a los refugiados en dificultades y pudimos cumplir con nuestra labor. Yo era muy joven y no tenía ninguna experiencia, pero era muy voluntariosa y estaba siempre dispuesta a ayudar. Quería poner todas mis energías a disposición del prójimo y entregarme al máximo. Empecé esta tarea con una gran confianza en Dios y con los mejores propósitos. Era un trabajo que exigía mucho valor y fue también una gran satisfacción para mí.

De toda Europa acudían mujeres a las que se internaba en los campos de refugiados. Algunas habían encontrado alojamiento en casa de particulares, pero todas estaban desarraigadas, sin patria, con un futuro incierto. Habían tocado fondo física y moralmente. Era preciso animarlas, darles un poco de fuerza moral para afrontar la vida. Intentábamos distraerlas para que, a pesar de sus preocupaciones, tuvieran también aleg-

rías. Por la noche cantábamos, organizábamos fiestas, bailábamos y yo les leía cuentos navideños traducidos del dialecto de Berna. Al principio estuvo con nosotras una actriz española que nos recitaba poemas. Recuerdo todavía uno titulado «Un duro al año».

No era fácil vivir juntas y en armonía con tantas mujeres distintas. Pero todas conocían la misma suerte: habían perdido su patria, habían sido expulsadas y esperaban un hijo.

Vivimos una época dura y difícil, durante la cual las mujeres judías sentían miedo por sí mismas y sobre todo por sus hijos. Durante algunas semanas pudieron descansar en un ambiente familiar y amistoso.

Cada nacimiento proporcionaba una gran alegría y era una fuente de emoción. También nos ocupamos de niños que sufrían enfermedades relacionadas con las condiciones de vida en los campos. Las madres eran generosas y muchos bebés pudieron salvarse gracias a la leche que ellas les dieron.

Yo únicamente cumplía con mi deber. Era normal, indispensable ayudar a los oprimidos, a los perseguidos. Estoy convencida de que en los períodos sombríos, en los que reinan la violencia y el odio, la humanidad y la tolerancia son necesarias y posibles.

Aunque hayan transcurrido más de sesenta años, todos aquellos recuerdos, todos aquellos acontecimientos permanecen vivos. Fue una época extraordinaria que no olvidaré jamás. En mi memoria está grabado lo que vivimos, y allí permanecerá para siempre.

En 1991 recibí una llamada de teléfono de un hombre que me dijo que había nacido en la maternidad suiza; quería conocerme. Unos días más tarde, Guy Eckstein vino a verme a Rekawinkel. Desde entonces

Guy ha hecho posible que retome el contacto con muchos de «mis» hijos de la maternidad y que vuelva a verlos, lo que me causa una gran felicidad. Es la riqueza de mis últimos días.

Testimonio de Guy Eckstein, nacido en la maternidad de Elna

El libro que tengo aquí el honor de prologar trata de una mujer que ocupa un puesto entre los más relevantes modelos de humanidad. Se llama Elisabeth Eidenbenz y la mayor parte de su vida ha permanecido casi en el anonimato. Con razón, si hay una palabra que describe su actitud es sin duda: discreción. Y sin embargo...

Alma generosa y ciudadana del mundo, esta hija de un pastor protestante suizo, maestra en su país, apenas tenía veinticuatro años cuando acudió a España para ocuparse de los niños atrapados en la tormenta de la Guerra Civil. Y tenía veintiséis años, cuando en la primavera de 1939, tras la victoria de Franco, medio millón de republicanos atravesaron los Pirineos. Ese fue el momento en el que, con la ayuda de fondos particulares procedentes de organizaciones humanitarias suizas, creó en Elna, en los Pirineos Orientales, una maternidad improvisada bajo la égida de la Asociación de ayuda suiza a los niños víctimas de la guerra. Su finalidad era acoger a las refugiadas españolas que es-

taban a punto de ser madres y a las que las autoridades francesas mantenían en pésimas condiciones de alojamiento y promiscuidad, en los campos de refugiados de la costa del Rosellón. Aunque al principio no tenía ningún conocimiento específico de obstetricia y pediatría, Elisabeth Eidenbenz desempeñó, sin cesar, con gran voluntad y para mayor felicidad de las internas, su función de directora desde finales de 1939 hasta abril de 1944.

En medio de tantas privaciones y barbarie, la maternidad suiza de Elna se convirtió, gracias a la dedicación y al coraje lúcido de Elisabeth, en un islote de paz, sin duda relativa, pero, al menos, un lugar de entrega y generosidad.

Unos seiscientos niños nacieron allí, primero refugiados españoles, luego judíos y gitanos: todos ellos «indeseables», como se los llamaba entonces, a los que Elisabeth Eidenbenz, con tenacidad, mantuvo alejados de los campos de la muerte. Unos días antes de Pascua del año 1944, la Wehrmacht requisó el palacete-maternidad y dio solo tres días a Elisabeth y a sus protegidos (bebés, niños y adultos) para abandonar el lugar.

Nada más acabar la guerra, Elisabeth Eidenbenz proseguiría su periplo humanitario en Austria, donde, a iniciativa de las Iglesias protestantes de Suiza, pasó a ocuparse de los niños refugiados de los países de Europa del Este.

Yo soy uno de los beneficiarios de la actividad que Elisabeth Eidenbenz realizó en servicio de los demás y sobre todo de los más débiles.

Mi destino cruzó milagrosamente el suyo cuando mis padres, apátridas y refugiados polacos en Bélgica, huyeron del avance de las tropas nazis con la esperanza de llegar a España, vía Perpiñán. Mi madre estaba encinta y se le desaconsejó vivamente ir a dar a luz al hospital de Perpiñán, por temor a que no la aceptaran o fuera denunciada por judía y deportada con el bebé a un campo de exterminio.

Fue entonces cuando oyó hablar de la maternidad suiza de Elna, donde nací el 10 de octubre de 1941 y donde me amamantó la cocinera española, María Teresa, lo que, sin duda, explica por qué me gusta España, su lengua y su música.

Mi madre y yo permanecemos seis meses en la maternidad de Elna, mientras que mi padre se refugió en Thuir, a unos quince kilómetros de distancia. Para que pudiera eludir la deportación, unos campesinos de la zona, Juju y Tétin Capdet, aceptaron, a riesgo de su propia vida, proporcionarle un refugio clandestino en su casa. El escondrijo se encontraba encima de un establo, en un pajar.

Mi madre, que se había instalado en una casa del mismo pueblo conmigo, fue denunciada. Sin otra salida, retomó el contacto con Elisabeth Eidenbenz, quien, evidentemente, nos acogió y nos ocultó una vez más durante algunos meses. Así pues, mi madre y yo estamos doblemente en deuda con Elisabeth Eidenbenz por habernos salvado la vida.

Después de la guerra, mis padres regresaron a Bélgica. Intentaron encontrar de nuevo el paradero de su bienhechora suiza, en vano.